

Alexánder Betancourt Mendieta, *Historia y nación. Tentativas de la escritura de la historia en Colombia*, Medellín, La Carreta Editores/Coordinación de Ciencias Sociales y Humanidades UASLP, 2007, 296 p.

Plantear el tema de la escritura de la historia en Colombia es un ejercicio de gran utilidad para comprender de manera dialógica el desarrollo de la disciplina, sus problemas y sus limitaciones.

El ejercicio historiográfico que plantea Alexánder Betancourt Mendieta, tiene relaciones de continuidad con los trabajos de Jorge Orlando Melo *Historiografía colombiana, perspectivas y realidades* y el de Germán Colmenares *Convenciones contra la Cultura*. Sin embargo, el mismo autor hace referencia a otros textos como los de Bernardo Tovar Zambrano *El pensamiento Historiador colombiano en la época colonial* (1982) y Jesús Antonio Bejarano *Guía de perplejos: una mirada a la historiografía colombiana* (1997), aunque olvida citar el texto de Mauricio Archila, que es una respuesta a Jesús Antonio Bejarano, *¿Es aún posible la búsqueda*

de la verdad? (1999). Si bien son textos con objetivos, temáticas y problemas diferentes, los une la pregunta *¿Cómo se ha escrito la historia en y de Colombia?*. Alexánder Betancourt Mendieta parte de la cronología trazada por Melo y por el enfoque dialógico de Colmenares, para responder a la pregunta *¿Cómo se ha llenado de contenido significativa a la nación colombiana desde la historiografía?*

Betancourt entiende la historiografía como historiología o reflexión crítica sobre los alcances y problemas del ejercicio de la escritura de la historia y de la disciplina histórica en el contexto colombiano. Se trata de un novedoso enfoque historiográfico que reflexiona sobre el oficio del historiador, la disciplina y su institucionalización. Se parte del postulado de que el proceso de constitución de la escritura de la historia en Colombia está relacionado

con la adopción de marcos metodológicos e institucionales que delimitaron radicalmente su presencia en la vida cultural colombiana.

Esta postura se sustenta en el plano metodológico en la consideración, desde los aportes de Michel de Certeau, de la historia como un lugar de saber, lo que implica al menos tres elementos: primero, la multiplicidad y pluralidad en cuanto a métodos, puntos de vista y teorías; segundo, adhesión a la verdad científica, espíritu crítico y elaboración de teorías y conceptos; tercero, motivación a la reflexión historiográfica y a la implementación de una metodología entendida como la combinación de técnica y enfoque que supere las condiciones empíricas de la disciplina histórica. Por consiguiente, se establece una comunidad científica que sostiene la existencia y vivacidad de un oficio de conocimiento, ya que anima las propuestas epistemológicas y las temáticas que justifican la pertinencia de ese conocimiento en una sociedad determinada. En el plano institucional se sustenta desde la teoría del conocimiento de Thomas Kuhn, pues se plantean como indispensables las comunidades científicas para la comprensión de la teorías y problematizaciones de la ciencias en el perfeccionamiento del conocimiento, es decir, un marco teórico determinado y delimitado por las instituciones y sujetos que implica la percepción del mundo científico, la adopción de un programa de investigación y los antecedentes teóricos de la disciplina.

El texto *Historia y Nación* está escrito en una perspectiva lineal en seis capítulos. Parte de la consideración de que la historia se instaure con la independencia, se institucionaliza con la Academia de Historia, entra en crisis con los revisionismos y cuestionamientos a la tradición de los años treinta y sesenta para consolidarse como una disciplina científica, académica, institucional y profesional en la década de los setenta, es decir, una visión evolucionista que sigue los lineamientos del progreso científico, propuestos por Thomas Kuhn.

En el primer capítulo: “Instaurar una tradición: porfías de la historia nacional”, su autor aborda las primeras obras de historia. La escritura sobre el pasado en el siglo XIX estuvo animada por la necesidad de dotar de un carácter fundacional a la independencia, y fue ésta la que determinó la cronología del tiempo histórico. Una de las características de esta escritura de la historia fue el intento por justificar la institucionalidad estatal y concebir la historia como *magistra vitae et testis temporum* (la historia es maestra de la vida y testigo de los tiempos). De tal manera que se configura una visión de los procesos históricos como tribunal, y la función del historiador como juez. Esta visión dio paso a otro estilo de escritura de la historia, las memorias, que se constituyeron en mecanismos para aclarar situaciones, para justificarse ante los amigos y enemigos y juzgar a los contrincantes. De manera que la pretensión de los escritores decimonónicos era la

de construir un espacio de comprensión homogénea que hiciera posible la inserción de redes de pertenencia y legitimidad que cubrieran todas las regiones geográficas y culturales del país, es decir, construir una representación colectiva de pertenencia y de orígenes comunes que debía imponerse sobre la sociedad heterogénea y plural.

En el segundo capítulo: “Institucionalizar el estudio del pasado nacional”, Betancourt Mendieta analiza la Regeneración, que como proyecto político consagró ciertas interpretaciones sobre el pasado republicano, que delimitaron las características esenciales de la nación. Por tanto, el Estado tenía que darle una forma al pasado nacional “e indicar cuál era su estructura y esencia” porque la memoria del pasado había caído bajo el monopolio de esfuerzos individuales en el siglo XIX. Para evitar la privatización del pasado se creó la Academia Colombiana de Historia en 1902 como institución que debía organizar y regular el conocimiento histórico y, de paso, ser centro de consulta para el gobierno. Los presupuestos bajo los cuales se creó la Academia indican que la historia juega un papel importante en la constitución de sentimientos de pertenencia; de otro lado, el conocimiento del pasado constituyó una fuente de legitimación para las prácticas que inculcaban valores y normas de conducta como las ceremonias cívicas, las conmemoraciones históricas, la consagración de los símbolos nacionales y sus rituales de reconocimiento. Al mismo tiempo que se estableció el panteón y mausoleo nacional donde des-

cansaban los héroes que personificaban los valores de la nación. La Academia asumió un papel directivo con respecto al establecimiento del pasado nacional y la incorporación de una memoria nacional unificada y homogénea. Como parte de esta medida unificadora, en un contexto de modernización política y en plena conmemoración del Centenario de la independencia, se publicó el manual *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* de Gerardo Arrubla y Jesús María Henao. Sería utilizado como manual obligatorio en la enseñanza. Buscaba instruir a la población a través de la moralización, el fomento del patriotismo, el cultivo de la memoria. La historia se concebía como una herencia que era preciso transmitir, conservar y preservar, cuyo carácter pragmático estaba orientado a la constitución de un orden nacional. La Academia de Historia entró en crisis cuando la hegemonía conservadora también lo hizo y cuando comienzan a llegar a Colombia una serie de elementos interpretativos nuevos, especialmente del marxismo, y se critica a la Academia su tendencia a la narración de luchas y batallas, de grandes hombres, olvidándose de aquellos de carne y hueso.

En los capítulos tres y cuatro: “Los revisionismos históricos: el momento de los años treinta” y “Los momentos de los años sesenta”, el autor afirma que la escritura de la historia se vio afectada por la aparición de nuevas vías de divulgación que no tenían que pasar por la Academia de Historia. Los divulgadores escribieron para el gran público a través

de revistas y periódicos. Sin embargo, la divulgación no significó necesaria ni totalmente la ruptura radical con los criterios metodológicos y principios interpretativos de la Academia. La elaboración de reinterpretaciones del pasado nacional con base en el empleo de nuevas categorías comprensivas, especialmente las del marxismo, no pretendían replantear la representación de la nación ni de su significado, sino que buscaban comprender la situación del país ante el panorama mundial del capitalismo, haciendo una evaluación de los orígenes y la forma que adoptó el capitalismo en Colombia, de ahí la importancia de los estudios coloniales en una perspectiva estructural y de larga duración, donde era necesario plantearse el problema del progreso.

La posición crítica frente al progreso hizo posible el surgimiento de la crónica como un elemento que daba cuenta de las transformaciones de la sociedad; y de un tipo de historia que reencontraba al pueblo en las gestas de la independencia, pero con un afán de popularización del pasado. Es la obra de Germán Arciniegas la que confronta la elaboración de una historia nacional, cuyo sujeto era el pueblo, a una historia de las familias, centrada en los héroes. Con Arciniegas se impuso, como interpretación del pasado, el triunfo de la anécdota sobre el rigor y el *best seller* sobre la obra histórica.

No sólo la historia dio cuenta de las transformaciones sociales de los años treinta en Colombia, también aparecieron los estudios sociológicos como la

forma de explicación de lo observable, mensurable y comprobable en torno al origen, constitución y comportamiento de la sociedad, donde la historia sirvió para fundamentar las explicaciones sobre los fenómenos novedosos por los que estaba atravesando la sociedad. Luis López de Mesa erigió como estructura explicativa los determinismos biológicos y geográficos. Cada región se había constituido en el tiempo como una esencia discernible claramente de las otras a partir de características inmutables, de tal manera, que era posible establecer las características culturales físicas y psíquicas de cada tipo regional. A partir de López de Mesa se consagran los estudios regionales en la historia como determinantes de la escritura de la historia, según Betancourt Mendieta, lo que se percibe hoy en los trabajos de María Teresa Uribe y otros, pero con perspectivas de análisis muy distintas.

Pero el punto más importante de estos revisionismos lo exponen las obras de Luis Eduardo Nieto Arteta *Economía y cultura en la Historia de Colombia* (1941) y de Indalecio Liévano Aguirre *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*. (1959-1961).

La obra de Nieto Arteta es importante por las interpretaciones que hace de los sucesos y por las categorías de comprensión totalmente novedosas para explicar fenómenos conocidos, que es nada más que la adopción del “método dialéctico materialista” que le permitió el reconocimiento de la particularidad de los fenómenos históricos y la ne-

cesidad de elaborar una comprensión adecuada de esos procesos. Sin embargo no era la historia la que permitía comprender estas dinámicas sino que era la sociología histórica la que hacía posible plantear históricamente la realidad americana y ofrecía las herramientas para hacer los reajustes de una realidad anárquica y desordenada de manera científica, es decir, la sociología como camino de la “historización”, ya que podía determinar las condiciones objetivas de los hechos sociales. La visión de Nieto Arteta inaugura la historia socioeconómica.

Por su parte la obra de Indalecio Liévano Aguirre pretendió reconstruir una relectura de los héroes nacionales con base en los intereses políticos de su presente, así es como ofrece una imagen de Bolívar “campeón de las masas” y de un Santander como representante de las “oligarquías”. De esta manera se hizo evidente el principal interés que encerraba la obra del escritor: abordar las tensiones de dos elementos enfrentados e irreconciliables, “las masas y la oligarquía”, pero además ofrecía la imagen de héroes que habían sido líderes populares más “comprometidos con el pueblo” que los que había glorificado la Academia Colombiana de Historia. Así, sentó las bases para que se hicieran trabajos con la pretensión de reivindicación social, política y cultural de sujetos históricos marginales y olvidados en la sociedad colombiana.

Es así como en los capítulos cinco, “La historia profesional: los esfuerzos fundadores y los historiadores famo-

sos” y seis, “Los balances recientes, el recurso de la teoría y el horizonte de un oficio”, el autor analiza el desarrollo de la historia profesional en Colombia. La profesionalización emergió como parte de dos procesos, la expansión de la cobertura educativa, especialmente universitaria, que respondía al fenómeno de urbanización del país, y el enorme éxito editorial que satisfizo la curiosidad por la elaboración de los nuevos relatos sobre el pasado nacional, es decir, la apertura de carreras de historia en el ámbito universitario a partir de 1962, y la exitosa obra editorial que supuso la *Nueva Historia de Colombia* (1996), *Colombia hoy* (1978) y el *Manual de Historia de Colombia* (1978-1980), pues legitimaron la irrupción de la historia socio-económica en el ámbito cultural colombiano. La circulación de esta nueva forma de conocimiento sobre el pasado nacional permitió hacer un deslinde entre el conocimiento histórico producido por los historiadores profesionales y aquél que se generó en el ámbito de los eruditos y de los aficionados de la historia, basados en una metodología positivista.

En estos últimos capítulos, el autor distingue dos etapas de la historia profesional. La primera, asociada al desenvolvimiento de la teoría de la dependencia, el desarrollo y el marxismo que impulsaron la profesionalización de la disciplina y le abrieron un espacio importante en el ámbito cultural del país. Sin embargo, su ligazón con la política, primero, y su vinculación con el éxito editorial después, llevaron a que muchas

de las propuestas y los trabajos iniciales se quedaron truncos; tal es, en opinión del autor y sin suficiente sustentación, el caso de Jaime Jaramillo Uribe.

Una segunda etapa, proviene de las crisis epistemológicas y políticas que afectaron los postulados anteriores. Es decir, el derrumbe del mundo soviético que sirvió de referencia a muchos de los postulados de la etapa anterior de la historia profesional y el cambio en la perspectiva del mundo político colombiano con la eclosión del narcotráfico y la elaboración de una nueva constitución en 1991. Estos cambios acompañaron la escritura de la historia desde el abordaje de nuevos campos temáticos y el empleo de nuevas herramientas metodológicas, que plantearon la necesidad de emprender novedosos esfuerzos historiográficos. Es así como en estos dos capítulos son analizadas las obras de Jorge Orlando Melo, Jesús Antonio Bejarano, Luis Ospina Vásquez, Álvaro Tirado Mejía, Margarita González, Germán Colmenares y Marco Palacios, desde el enfoque de la historia social, pues la entendieron como un ejercicio atravesado por la idea de una construcción sobre los cambios sociales y la estructura social que podía develarse a partir del desenvolvimiento de la economía. Así, se construyó una historia social que se combinaba con la historia económica y que dio como resultado la historia socioeconómica. Sin embargo esta “nueva historia” conservó la diacronía y la periodización tradicional. Además, en su opinión, según la polémica afirmación de Betancourt

Mendieta, en los manuales de historia no se dio una indagación por las imágenes y los estereotipos regionales sobre el pasado y fue inexistente un cuestionamiento acerca de la constitución y la caracterización de la nación lo que impidió la modificación de estos referentes y supuso una concepción unitaria de la nación como un conjunto sólido frente a los embates del capitalismo e insistió en la peculiaridad del destino nacional en un marco de hipótesis que apuntaba a una finalidad única: el desarrollo.

La historia profesional representó una ruptura hacia los años ochenta y noventa en tres niveles: el temático, el metodológico y el político, que hizo posible la consolidación de una disciplina profesional. Ésta se caracteriza por la organización de los programas de pregrado en la universidades, la preocupación por la investigación histórica, la aparición de revistas científicas de divulgación como el *Anuario Colombiano de historia Social y de la Cultura*, de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, *Historia crítica* de la Universidad de los Andes, *Memoria y sociedad* de la Universidad Javeriana, la *Revista Historia y sociedad* de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín y el *Boletín Cultural y Bibliográfico* de la Biblioteca Luis Ángel Arango; la consolidación de las comunidades científicas que se expresó en la organización de la Asociación de Historiadores de Colombia y, finalmente, por la crisis de la historia socioeconómica se dio paso a nuevos temas y modos de escritura de la historia:

historia social, historia de las mentalidades, historia empresarial, historia de la cultura y de género, entre otras.

La historia profesional aún debe asumir varios retos, en opinión de Betancourt Mendieta. Primero, evitar la fragmentación y la trivialización producto de la ausencia de la teoría. Segundo, establecer una relación dialógica dentro de la disciplina y con otras disciplinas, para lograr una crítica sobre la escritura de la historia que supere la simple ironía y la contemplación de los “grandes historiadores”. Tercero, una reflexión metodológica que supere la fascinación poco crítica de nuevas modas y nuevos lenguajes, para evitar la imprecisión conceptual. Y, cuarto, superar una disciplina ensimismada tanto geográfica como temáticamente pues “sus aportes a una interpretación histórica continental han sido muy escasos” (p. 268).

Así, el texto *Historia y nación* es una invitación a una reflexión crítica sobre las tradiciones de escritura de la historia en Colombia, donde se combinan los referentes culturales e institucionales que supusieron el marco de producción

de los escritos históricos. Sin embargo, el texto tiene dos puntos problemáticos. Primero, no contempla en esa escritura de la historia la influencia de las guerras civiles del siglo XIX, y de allí que se genere un silencio o un ocultamiento de lo que esas guerras significaron en la construcción de la nación y en el funcionamiento del Estado. Segundo, si bien el texto plantea una comprensión de la producción historiográfica colombiana en relación con el contexto latinoamericano, no tiene en cuenta las influencias europeas y anglosajonas en la escritura de la historia y en la consolidación de la disciplina. Y, finalmente, si bien es sugerente en el establecimiento de un diálogo con la tradición nunca se supera la esquizofrenia intelectual pues se desenvuelve en la nostalgia por lo que fue y no debía ser y por lo que debía ser y no fue, lo que genera un desprecio por la tradición y no una recreación de la misma.

Javier Osorio Molina
Estudiante de la XI Cohorte de la
Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia,
Sede Medellín